

188



Periódico de la Brigada Mixta



Año I Madr., 17 de 1937 Número 10

Madrid
varios

EN EL ATAQUE de la SIERRA SE

HAN CUMPLIDO

los objetivos
básicos
que ordenó
el
mando

HMC/2657

HMC/26



[Handwritten notes and signatures]

LA INTERVENCION DE NUESTRA BRIGADA EN LAS ULTIMAS OPERACIONES DE LA SIERRA

En uno de los días últimos del mes pasado se le dió orden a nuestra Brigada de atacar los reductos que los facciosos tenían en La Granja y en Balsain. Una buena cantidad de tanques, de aviones y de máquinas de guerra ayudó a la labor entusiasta de los soldados de la 31 Brigada.

En los primeros combates se logró rebasar las posiciones enemigas de El Reventón. El enemigo huyó precipitadamente hacia La Granja.

Tres batallones nuestros iniciaron esta operación. Eran las seis de la mañana del día 29. El de la derecha, formado de jóvenes campesinos, marchaba a la toma de la carretera de Segovia. Poco después la carretera estaba a punto de ser tomada. Entonces fué cuando los dos tabores de moros que acechaban en La Atalaya desplazaron varias compañías con el fin de atacar a los maestros por el flanco y la retaguardia.

Los campesinos, que eran del tercer batallón, giraron para hacerles frente. Se pegaron al terreno, buscando defensa en las piedras, pues las ametralladoras facciosas no paraban de vomitar metralla.

Se trabó batalla. Los campesinos se lanzaron al ataque, saltando, en perfecta formación, cada doce metros, con bombas y fusiles. El enemigo cedió. La primera compañía de moros fué desbaratada. Los soldados pasaron sobre turbantes ensangrentados al encuentro de la segunda, que, ya en franca huida, trataba de ganar de prisa sus parapetos de La Atalaya.

Desplegados en flecha, los hombres del tercer batallón tomaron posiciones fuertes, y llegando al cementerio, ocuparon algunas casas de las afueras. Doscientas cabezas de ganado pasaron por la cañada hacia el interior de nuestras posiciones.

En tanto, el segundo batallón ocupaba, por el flanco izquierdo, la posición ventajosa de Silla del Rey. Desde esta loma, se dominaban los jardines. A las dos horas de comenzar la operación, los campesinos de la izquierda daban vista al estanque, y con las máquinas bien emplazadas en Silla del Rey marchaban hacia la tapia, sin tener que disparar un tiro. Entonces esperó la

NUESTROS MANDOS



Luceño, Jefe de Estado Mayor de la Brigada.

llegada del cuarto batallón, que avanzaba de frente, por el centro, desde las estribaciones de El Reventón.

El avance del cuarto tuvo que ser más lento, por tener que hacerlo en zona descubierta, batida desde la Granja. Su objetivo era el poblado. El enemigo tiraba desde el palacio, la torre de una iglesia y las fortificaciones de la muralla. Todo el enemigo era ametralladoras; máquinas que ametrallaban desde todas partes.

No obstante, el cuarto se fué abriendo paso. Su comandante, Carvajal, asumió la dirección de las fuerzas de vanguardia. Enlaces prácticos y valerosos establecieron el contacto con los otros batallones. El cuarto ocupó, a 150 metros de la tapia, una casa, y allí se estableció todo el día.

Con una compañía dentro del jardín, el segundo batallón envió otra a enlazar con el cuarto. Conocida la situación de los tres, se recibió la orden de asalto.

Cinco veces sucesivas se intentó el asalto a las posiciones fuertes del enemigo. El día 30, a las seis de la tarde, alcanzó la lucha su fase más violenta. Una punta de vanguardia y varias escuadras se filtraban en las primeras casas del poblado, a 25 metros del palacio.

Pero de noche el enemigo recibió refuerzos, entre ellos una gran cantidad de morteros. Los morterazos caían sin cesar sobre nuestras filas. Nuestros soldados, moviéndose a ras de suelo, se iban acercando, de cinco en cinco metros. El enemigo tenía batida la carretera de Segovia; pero le quedaba la de Torrecaballero. Por allí se abastecía con más rapidez que nosotros. Nuestras municiones tenían que bajar, a hombros, por sobre la montaña.

Algunos cayeron, agotados, antes que heridos, junto a las tapias de La Granja. Las fuerzas del enemigo iban constantemente en aumento, y a cada asalto nos encontrábamos con mayor resistencia. Todas las fuerzas de reservas disponibles fueron acumuladas para impedir nuestro asalto definitivo al palacio.

Por otro lado, se luchaba todavía en las posiciones dominantes de Matabuey y Cabeza Grande. No podíamos recibir ayuda rápida de los hombres que combatían en Balsain.

En tanto, se realizaban formidables hechos de heroísmo. Los comisarios se batían al frente de los soldados. En el cementerio, en Silla del Rey, y dentro de los propios jardines de La Granja, las vanguardias del pueblo seguían firmes en los puestos conquistados. De noche se hacía un ligero repliegue, y al amanecer se volvía a las primeras líneas, mejorándolas ligeramente.

Fué una gran empresa ésta de La Granja; pero estaba articulada a la operación entera realizada en la Sierra. Sin las otras posiciones tácticas no tenía importancia, por el momento, gastar más fuerzas contra los muros del palacio. De ahí el repliegue necesario.

Pero el repliegue no ha sido a las antiguas posiciones. No sólo hemos ganado batallas morales. No sólo hemos conseguido hacer funcionar nuestras unidades con

aliento de ofensiva. También hemos logrado otras cotas y cerros ventajosos.

El enemigo sabrá que no son ya las antiguas Milicias, aun cuando sean los mismos hombres, los que atacaron días pasados sobre el valle segoviano. Esta ha sido otra de nuestras victorias. Constantemente se están pasando a nuestras filas soldados desarraigados, descalzos, famélicos. El sábado se pasaron dos. Dicen:

—Nos hemos pasado porque hemos visto a uno de los vuestros cómo iba vestido, y porque hemos visto cómo peleabais.

Medio Ejército se os pasaría si pudiera. Hasta hace tres meses la mayoría de ellos creía que el fascismo triunfaría. Cada ataque que dais es un golpe de desmoralización en la retaguardia fascista.

Nuestra Brigada ha puesto su esfuerzo a la consigna "Atacar en todos los frentes para descongestionar el frente de Vizcaya". Esta consigna ha producido sus efectos.

El enemigo, falto de fuerzas suficientes de reserva con que guarnecer debidamente sus frentes, ha abocado en estas tierras de Segovia un contingente importante de elementos de choque. Naturalmente, esta fuerza del enemigo no podía venir más que de aquel frente, donde hay "almacenado" un número enorme de fuerzas para conseguir, aunque sea con la desesperación, que caiga una ciudad rica, de gran importancia para el fascismo. Esa fuerza no podía venir más que de Euzkadi.

Requetés, falangistas, regulares, moros, toda la fuerza de los "nacionalistas" ha venido a la Sierra, y esto ha hecho que en el ataque de la Sierra se hayan cumplido para nosotros los objetivos básicos que ordenó el Mando.

¡Honor y gloria a los caídos en estas últimas operaciones de nuestro magnífico Ejército Popular!

NUESTROS MANDOS



Paredes, Comandante-Jefe de la Brigada.

Visado por la Censura

PAGINA DE CULTURA

EL PASO DE LAS ACEITUNAS

De Lope de Rueda.

Siglo XVI. Lope de Rueda, a quien Cervantes calificara como "varón insigne en la representación y en el entendimiento", iba sentando con sus obras los cimientos de lo que había de ser nuestro teatro clásico. Su agudeza de ingenio, su fina comicidad de autor y actor, experto en todos los resortes de la farsa, quedaban condensados en sus "Pasos", estampas de sano realismo en el cuadro de un lenguaje rico y castizo que iba tomando consistencia para empresas mayores.

Su "Paso de las Aceitunas" es tal vez la mejor muestra de su ingenio.

Pero no es esto sólo lo que nos invita a reactualizarlo. Nosotros enlazamos esta pequeña joya literaria con los sucesos que hacen estremecerse hoy las raíces más hondas de nuestra patria; y encontramos en él, por rara analogía, un símil con la actual situación. Y es que, cuando estamos empeñados en la lucha titánica por la propia existencia, se quiere hipotecar el porvenir con proyectos imaginativos, con ensayos suicidas, que la realidad puede echar por el suelo a poco que nos descuidemos.

Por eso, en estos momentos, y para aviso de posibles escarmentados, hemos resucitado la fábula del "Paso de las Aceitunas".

PERSONAS:

TORUBIO, simple, viejo.

AGUEDA de Toruégano, su mujer.

MENCIGÜELA, su hija.

ALOJA, vecino.

Lugar de escena: calle de un lugar.

TORUBIO.—¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parecía sino qu'el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. ¿Oíslo, mochacha Mencigüela? Sí, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

MENCIGÜELA.—¡Jesús, padre! Y habéisnos de quebrar las puertas.

TORUBIO.—Mira qué pico, mira qué pico. Y ¿adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.—Allá está en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a cocer unas madejillas.

TORUBIO.—Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad, y llamalda.

AGUEDA.—Ya, ya, el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quién se averigüe con él?

TORUBIO.—Sí, carguilla de leña le parece a la señora: juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla, y no podíamos.

AGUEDA.—Ya, noramala sea, marido; y ¡qué mojado que venís!

TORUBIO.—Vengo hecho una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra que me deis algo de comer.

AGUEDA.—Yo, ¿qué diablos os tengo de dar, sí no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA.—Jesús, padre, y ¡qué mojada que venía aquella leña!

TORUBIO.—Sí, después dirá tu madre qu'es el alba.

AGUEDA.—Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama: y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUBIO.—Pues ¿en qué me he detenido, sino en plantalle como me rogaste?

AGUEDA.—Calla, marido, ¿y adónde lo plantaste?

TORUBIO.—Allí, junto a la higuera breval, adonde si se os acuerda os di un beso.

MENCIGÜELA.—Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está aderezado todo.

AGUEDA.—Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años ternéis un olivar hecho y derecho.

TORUBIO.—Eso es verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.—Mira, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza: y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de a dos reales castellanos.

TORUBIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el almotacén cad'al día la pena? Que basta pedir a catorce o quince dineros por celemin.

AGUEDA.—Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los Córdoba.

TORUBIO.—Pues aunque sea de la casta de los Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.—Hora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de a dos reales castellanos.

TORUBIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como quiéredes, padre. TORUBIO.—A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como mandáredes, madre.

AGUEDA.—A dos reales castellanos.

TORUBIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Y'os prometo que si no hacéis lo que y'os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como decís vos, padre.

TORUBIO.—A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé'lo que y'os mando.

TORUBIO.—Dejad la mochacha.

MENCIGÜELA.—¡Ay, madre! ¡Ay, padre!, que me mata.

ALOJA.—¿Qu'és esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?

AGUEDA.—¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio, y quiere echar a perder mi casa: unas aceitunas que son como nueces.

TORUBIO.—Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.—Sí son.

TORUBIO.—No son.

ALOJA.—Hora, señora vecina, haceme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.—Averigüe, o póngase todo del quebranto.

ALOJA.—Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUBIO.—Qué, no, señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOJA.—Pues traedlas aquí, que y'os las compraré al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA.—A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

ALOJA.—Cara cosa es esa.

TORUBIO.—¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA.—Y mi padre a quince dineros.

ALOJA.—Tenga yo una muestra dellas.

TORUBIO.—Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro a cinco hanegas de aceitunas, y qu'ella la cogería, y que yo la acarree, y la mochacha la vendiese, y que a fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemin: yo, que no, y ella, que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOJA.—¡Oh qué graciosa quisatión! Nunca tal se ha visto; las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCIGÜELA.—¿Qué le parece, señor?

TORUBIO.—No llores, rapaza; la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOJA.—Hora andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra mujer.

TORUBIO.—Adiós, señor.

ALOJA.—Hora por cierto, qué cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las hemos visto reñidas.

NUESTROS PRECURSORES DE LA LIBERTAD

IV.—NUMANCIA

Las fuerzas de Numancia eran 8.000 hombres. Nombraron jefe a un ciudadano llamado Megara, cuando el romano Quinto Pompeyo sitió la ciudad con más de 30.000 soldados.

Los numantinos esperaban refuerzos de los vascos y de los cántabros. Pompeyo venció los focos de las ciudades próximas a Numancia y consiguió con esto cercar por completo la ciudad. Intentó variar el curso del Duero para matar de sed a los sitiados; pero éstos, con las espadas que blandía la desesperación, lo impidieron bravamente.

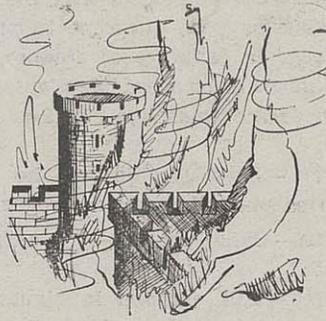
¡Numancia sola resistió a todo el poder romano!

Esta ciudad de la provincia de Soria fué siempre independiente y neutral. Cuando el poder de Roma se hizo sentir en el país de los españoles, tal vez fué Numancia la única ciudad que no se sometió. A Roma le abochornaba la independencia que se había sabido conquistar. He aquí el pretexto de la guerra.

Numancia llegó a ser el terror de Roma, porque contra esa pequeña ciudad de la Celtiberia se estrellaban generales y cónsules y se enterraban legiones enteras.

Numancia había acogido en su seno a los centíferos de Viriato. Todas las virtudes bélicas y rebeldes de los antiguos iberos se fundieron magníficamente.

Escipión el Africano, otro general al servicio de Roma, agrupó alrededor de la he-



roica ciudad 60.000 combatientes disciplinados. La rendición no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes de Numancia.

Uno de ellos, Retógenes, bravo entre los bravos, se aventuró a escalar las fortificaciones romanas para ir a pedir auxilio a los pueblos vecinos.

—La esclavitud aguarda a todo el país si Numancia sucumbe—decía.

Muchos, movidos por el discurso, lloraban.

—No lágrimas—les dijo—. Brazos es lo que necesitamos y os venimos a pedir.

Pero la desunión perdía a los pueblos levantados en armas contra los tiranos. Numancia sucumbió, al fin. ¡Veinte años duró el asedio de Numancia!

Cuando Escipión el Africano tomó este bravo reducto de héroes había en él 5.000 defensores.

Muchos murieron matando. No había comida. Los muertos servían de sustento a los vivos. Las mujeres degollaban a sus hijos y después se envenenaban...

Hogueras, ruinas, sangre y dolor es lo que conquistó Escipión. ¡Este fué el fin de la ciudad indómita, del pueblo de héroes, que pudo ser vencido, pero jamás subyugado! Corría el año 133 antes de nuestra Era.

Las ciudades vecinas, que esperaban con ansiedad el resultado, se fueron sometiendo.

El país cayó en la esclavitud. ¡A esto les condujo el mal instinto de no quererse unir!

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

Según las noticias de estos últimos días, recogidas de la Prensa extranjera, parece ser que ya se van dando cuenta los Gobiernos titulados democráticos de la razón que nos asiste y de la imperiosa necesidad, porque ellos se juegan lo que nosotros, de colaborar a nuestro lado para la destrucción total de los que, por la fuerza de las armas, quieren imponerse al mundo civilizado; de los que viven para la destrucción, para la muerte y para la incultura.

En Inglaterra, eje de las consultas diplomáticas, hasta los conservadores protestan clamorosamente de la poca justicia que se hace con la España proletaria; con la razón, atacando, juntamente con los laboristas, al Gobierno británico, por no haber adoptado una actitud definida en esta guerra de carácter internacional en nuestro suelo patrio. Ni los discursos de Eden—que más bien sirve para “árbitro de la moda” que para humanizar a los ambiciosos—, ni la actitud de la Sociedad de Naciones—Sociedad huera e inservible—pueden satisfacer al mundo proletario.

Por último, el Plan de Control ha entrado en vigor el día 20; veremos si se cumplen las cosas tal como la diplomacia europea las dice o se convierte en otra farsa que burle—como hasta ahora se han estado burlando las más nobles leyes humanas—nuestra razón y que lleve a las naciones a nuevas reuniones, vanas todas ellas, como la experiencia nos ha demostrado, y que no haga otra cosa que prolongar.

Por último, el Plan de Control ha entrado en vigor.

Tristes experiencias tenemos de todas las conversaciones que nuestra guerra impone a la paz europea; de todas ellas, no podemos por menos de sacar una gran conse-

uencia: que nos hemos de bastar a nosotros mismos y que no por eso está más lejos el triunfo. Así el laurel será mayor y la democracia mundial reconocerá en nosotros los únicos hombres que han sabido defender el título de “hombre” que nos otorgó la Naturaleza.

C. ALCANIZ

Del segundo Batallón.

UN TEMA DE CULTURA GENERAL CADA VEZ

LOS JUDÍOS

I

A menudo se ha usado la mentira y el asesinato contra los judíos. La gente fanática, acuzada por la Iglesia, ha perseguido



siempre a la raza maldita, la raza de David y de Jesús.

Y el origen de la rabia de los católicos—rabia que raya en lo repugnante—contra los mártires judíos proviene de haber vulgarizado éstos un texto—La Biblia—ajeno por completo a las prácticas de la Iglesia.

El pueblo judío dió al mundo y a la Iglesia católica un Dios. Promulgó para ésta su Código eterno de la moral. Combatió en todos los campos de batalla del pensamiento. Salvó la Biblia y la propagó por Europa. La llevaron a todos sus destierros como patria portátil. La Iglesia, pues, le es deudora de la palabra divina, salvada tantas veces de las invasiones de los bárbaros.

Pero el judío propagó la Biblia por todo el Universo sin fórmulas escolásticas, sin fórmulas dogmáticas y complicadas, sino sencillamente por imágenes y por ejemplos. Y estos procedimientos no los ha aceptado jamás la Iglesia.

Es verdad que judío es sinónimo de avaro, y que el pueblo odiaba ya al judío por sus riquezas acumuladas. Pero en la Edad Media, estando excluidos de toda posesión territorial y de todos los oficios y corporaciones industriales—consecuencias del absorbente poder del Papado—, y no teniendo más que el recurso del comercio y de los negocios del dinero, que el Vaticano reprochaba y prohibía a sus fieles, pero que él practicaba por bajo mano, y a fuerza de perfeccionarse de padres a hijos, estuvieron condenados a hacerse ricos, a ser odiados y maldecidos.

Llegó la maldad a presentarlo ante el pueblo, ciego ante las imágenes y los símbolos, como el pueblo que había crucificado a Cristo. ¡El pueblo cuya vida respiraba temor de Dios!

Decid qué epíteto merece quien se regocija de los males de ese pueblo mártir, sin patria (por la “bondad” de Dios) y maldecido por muchas almas feroces y ciegas.

L. T.

DIANA (U. G. T.).—Larra, 6. Madrid